

El Coronavirus a la luz de la espiritualidad agustiniana

1. Introducción

Para los creyentes, todo acontecimiento, grande o pequeño, aún el aparentemente más absurdo, cabe y es deseable interpretarlo a la luz de la fe. Nada, absolutamente nada acontece a la aventura, al azar, fatalísticamente.

¿No dijo Jesús que “hasta los cabellos de vuestra cabeza están contados” (Lc 12,7) Y que: “Ni uno solo de vuestros cabellos caerá sin el permiso de vuestro Padre celestial?” (Lc 21,18). Tal vez quería decir que, con infinito amor y cercanía, el padre Dios ordena y acompaña, maternalmente, nuestra vida, al detalle.

Pues bien, si no le pasa desapercibido un cabello de nuestra cabeza, que puede caerse – un detalle -, ¿no tendrá nada que ver, o se hará el desentendido, mirando para otro lado, en un suceso tan sumamente grave como es el coronavirus? Sin duda, intuimos que algo tendrá que ver, el que es el Creador y Conservador del mundo, y, concretamente, de nuestro humilde planeta, en el que quiso nacer.

Por cierto, que no será nada fácil la interpretación, ni para muchos valedera, pero arriesgamos el intento.

2. Sorpresa: Bomba inesperada

El Coronavirus sorprendió repentinamente, sin previo aviso, sin llamar a la puerta, como un ladrón y con una violencia salvaje. Los bárbaros de Atila no hubieran sido más despiadados. Po lo menos Atila se detuvo reverente ante las súplicas del Papa san León Magno y no destruyó la ciudad de Roma.

En el caso del coronavirus, estamos ante un destructor serial, que desafía por igual a ricos y pobres, ateos o religiosos, jóvenes o viejos, sabios o ignorantes. A todos sorprendió desprevenidos. Explotó en el lejano oriente, como una plaga de mongoles, y le bastaron pocas semanas para inundar el planeta.

En el hemisferio sur aprontaban las maletas para irse de vacaciones; y en el hemisferio norte recogían perezosamente toda la parafernalia de los Pesebres. Nadie sospechaba de los tentáculos mortíferos de un pulpo feroz, que avanzaba en forma de virus, invisible, letal, arrogantemente dispuesto a desafiar a la humanidad, llevándose todo por delante.

En un abrir y cerrar de ojos, casi por vía de magia, un simple microorganismo cambió el escenario del planeta. Ya nada sería igual. Un invasor salvaje, llamado coronavirus, ha entrado subrepticamente en las entrañas de este planeta, con la aviesa intención de acabar con la vida humana, o, por lo menos, hacer entrar en cuarentena.

3. Pandemias a lo largo de la Historia

A lo largo de la historia, más de veinte pandemias han puesto en riesgo la supervivencia de la humanidad. Recordamos aquí las más importantes, por orden de letalidad:

- La VIRUELA (1520), considerada el homicida número uno de la humanidad. Se calcula que mató a 300.000.000 de humanos.

- El SARAMPIÓN (s. X a.C.), 200.000.000.
- La PESTE NEGRA (1347-1351) Procedente de Asia, asoló a Europa a mediados del siglo XIV. Se calculan 50.000.000 de muertos.
- La GRIPE ESPAÑOLA (1918-1919) Aunque no nació en España, si no en Kansas (EE.UU), se propagó extraordinariamente en la Península Ibérica: 50.000.000.
- EL SIDA (Virus de la Inmunodeficiencia) Apareció en Los Ángeles, en 1981 y sigue hasta hoy. Según cálculos de OMS, a finales de 2020 se habían producido de 25 a 35.000.000 de infectados.
- Llegamos a nuestro contemporáneo, nuestro verdugo implacable, el aborrecido CORONAVIRUS (Covid 19). Apareció en Wuhan (China) en los primeros días de enero de 2020. Debido a la globalización, al cabo de una semana ya se había extendido a cuarenta países. Y hasta momento (primero de mayo), han fallecido 240.000.

Una primera conclusión es que, si en otros tiempos la ciencia supo superar pandemias tan horribles como la que ahora nos castiga, también sabrá superar la nuestra.

4. Pandemias en la Biblia

Por supuesto que en el Paraíso no existían ni virus ni pandemias. La madre de todas las pandemias fue el pecado original. Después del primer pecado, Dios le dijo a Adán: “Porque has hecho eso”, y se vino una serie de castigos (Gn 3,14) Si no hubiera hecho “eso”, no pasaba nada.

Todas las desgracias que desde la caída de Adán afligen al género humano (hambre, enfermedades, guerras, pandemias, muerte, etc.), son consecuencia tristísima de aquella primera desobediencia. El hombre se reveló contra Dios y la naturaleza se reveló contra el hombre.

Más concretamente, constatamos la realidad de las pandemias a lo largo de la Biblia, a manera de correctivo. Puntualicemos:

- ¿No fue una pandemia la hambruna que obligó a los israelitas a huir a Egipto para no morir de hambre? (Gn 42-46).
- ¿No fue una pandemia, cuando en tiempos de Noé envió un diluvio Yahvé para purificar la humanidad?: “La tierra estaba llena de maldad y violencia, pues toda la gente se había pervertido...Entonces dijo Dios: “Voy a mandar un diluvio que inundará la tierra y destruirá todo lo que tiene vida en todas las partes del mundo” (Gn 6, 12-17).
- “Abandonó Israel a Dios, su creador, despreció a su protector y salvador...Y Dios se enojó al ver esto y dijo: “Sobre ellos lanzaré todos los males; morirán de hambre y de fiebre; una amarga peste los destruirá...morirán muchachos y muchachas, ancianos y niños de pecho...Pero el Señor saldrá en defensa de su pueblo cuando vea que le faltan fuerzas, el Señor se compadecerá de sus siervos” (Dt 32, 15-36).
- “Mandó el Señor una peste sobre Israel, y desde Dan hasta Beerseba murieron setenta mil personas” (1R 24,15).

- Si las guerras son una “peste”, el más joven de los hermanos macabeos, al morir, le da una razón al impío rey Antíoco: “Nosotros sufrimos por nuestros propios pecados. Si para castigarnos y corregirnos, el Señor de la vida se ha enojado momentáneamente con nosotros, nuevamente habrá de reconciliarse con sus siervos” (2 Mac 7, 32-34).

Después de esta breve exposición sobre las enfermedades, guerras y pestes en el Antiguo Testamento, que podemos catalogar como verdaderas pandemias, nos queda flotando en el aire una pregunta: ¿Cómo explicar tales castigos, si decimos que Dios es compasivo, bondadoso y misericordioso?

5. ¿Castigo o corrección?

Antes de cualquier reflexión, apreciemos más recomendaciones, también bíblicas:

- “Bienaventurado a quien Dios castiga (Job 5,17).
- “El Señor corrige a quien ama, como un padre corrige a su hijo preferido” (Prov 3,12).
- “Si nos examináramos bien a nosotros mismos, el Señor no tendría que castigarnos, aunque si el Señor nos castiga es para que aprendamos” (1 Cor 11,31-32).
- “Yo reprendo y castigo a los que amo” (Apoc,19).
- “El Señor corrige al que ama y castiga aquel a quien recibe como hijo” (Heb 12,6).

En fin, ¿Dios corrige o castiga?

Es imposible que Dios castigue, porque el castigo viene del odio, y en Dios el odio es imposible; en cambio, la corrección viene del amor. “Dios es amor” (1Jn 4,8), y esencialmente, por naturaleza, siempre obra movido por amor y con amor.

A veces nos resultará difícil comprenderlo, pero aunque se den circunstancias “aparentemente” punitivas, no hay duda – repetimos – de que Dios siempre actúa con amor y por amor. Y echa mano de ese recurso para que retornemos al buen camino.

¿Qué diremos del caso Coronavirus? El hombre posmoderno, sin percibirlo, tal vez estaba yendo demasiado lejos con sus “libertades” y sus egoísmos; tal vez estaba jugando, arriesgadamente, atribuyéndose el papel de un pequeño semidiós. El nene estaba, peligrosamente, al borde del precipicio, y el “Papá” Dios, por amor, debía atajarlo.

Pero, como por la sensatez, por la persuasión, “por las buenas”, no conseguía que entrara en razón, para corregirlo, se vio en la contingencia de frenarlo de un modo brusco. El orgullo humano desmedido, quedó humillado por la insignificancia de un minúsculo virus; y la omnimoda libertad, recluida por un tiempo de soledad domiciliaria. El topete del hombre cortado, ridículamente, por un coronavirus. Es así que, tal vez el hombre caiga en la cuenta, que es simplemente hombre y se ponga en su lugar.

“Volveos de vuestros malos caminos” (2 R 17,13) “Volveos a mí y yo me volveré a vosotros” (Mal 3,7). No es castigo. La corrección amorosa, está servida.

6. Coronavirus, ¿nueva manifestación de Dios?

Decimos nueva, porque Dios siempre se ha manifestado y continúa manifestándose de muchas maneras. A veces, de manera tan insólita, inusitada y desconcertante, que nos deja con la boca abierta. Desde luego, que se manifiesta tanto en la esbelta azucena como en la humilde violeta; tanto en los rosicleres de la aurora como en la imponencia del mar; tanto en la sonrisa de un niño como en el fragor de la tempestad.

Moisés lo encontró en la zarza ardiendo (Ex 3,2), Samuel en la visión de un sueño (Cr 17,15), Elías, en el correr de una suave brisa (1R 19,12). Pero también se puede manifestar y encontrar en la enfermedad y en el dolor. El Buen Ladrón lo descubrió en los sufrimientos de Cristo, crucificado con él; Ignacio de Loyola, en la herida que recibió en la batalla de Pamplona; Francisco de Borja, ante el cadáver de la emperatriz Isabel; el Padre Damián, en los leprosos de Hawái. Dios, de pronto, manifestado y encontrado, inesperadamente, paradójicamente, en la negatividad.

Pues bien, lo que acontece individualmente y en casos particulares, puede proyectarse a nivel planetario y universal, porque las raíces son universales. Ante un agnosticismo endémico de Dios, y de los valores espirituales, cabe esperar un alarma despertador, estridente y atronador, con la potencia planetaria de un Coronavirus.

Es posible cerrar los ojos, mirar para otro lado, quitarle hierro a la premonición y engañarse alegremente, diciendo que son cosas del acaso, de la naturaleza. Pero también es posible leer la pandemia con ojos de fe y exclamar esperanzados: “¡Dios a la vista!” Es el paso de Dios.

7. Valores del coronavirus

Y es que, mirando más profundo en medio del drama humanitario luctuoso y de la hecatombe financiera planetaria, es posible descubrir una batería de valores preciosos que nos deja el coronavirus y que tal vez teníamos olvidados.

Esperamos que, después del fatídico invierno del coronavirus, ha de brotar una hermosa primavera de espléndidas flores, y que, el hombre despierte a una cultura nueva, abierta a los cuatro vientos, con nuevos valores. Anotamos algunos:

- La Fraternidad Universal: El planeta, la casa común, donde todos nos sintamos y nos tratemos como hermanos.
- Globalización de Alianzas: Para combatir juntos pandemias como el coronavirus, luchar contra toda clase de esclavitudes, o avanzar de cara a un progreso más humano.
- Igualdad: Menos asimetrías y desigualdades que claman al cielo, en una democracia que no se avergüence de sí misma.
- Ecumenismo de criterios: Todos trabajando en la misma dirección para salvar al planeta de los cataclismos que sufrimos o que nos esperan.
- Humanismo más humano, para librar definitivamente al hombre del canibalismo y de ley de la selva.
- Descubrimiento alborozado de que, en los acontecimientos límite, aflora en el hombre una reserva insospechada de heroísmo para servir a los demás.

Todo esto, y mucho más, es posible que nos deje, como botín positivo, la terrible experiencia de un enemigo que nos ha diezclado. Y así, sabremos que, a la manera de búmeran, el coronavirus se ha mordido la cola y nos ha redimido.

8. Coronavirus e Iglesia

En tiempos de coronavirus, la Iglesia no aparece mucho en las vitrinas ni en las capas de los diarios. Quizás por dos motivos: primero, porque no tiene vocación de autoelogiarse, ni publicar sus servicios; y, segundo, porque, con frecuencia, deliberadamente, se ignora, se acalla, o no interesa el mucho bien que hace la Iglesia.

Sí aparecerá, con bombos y platillos, en primera página, el escándalo del último sacerdote pederasta, que ha tenido la infidelidad o infelicidad de delinquir por una debilidad. Inclusive, en este último caso, la prensa se regodeará por varias semanas, como ave de rapiña sobre la presa.

Pero, no tendrá espacio en el noticiero, aquel sacerdote que, calladamente, heroicamente, ha quemado su juventud, su tiempo, su salud, su vida, al servicio espiritual y promocional de una oscura aldea. O la labor épica de una religiosa, que ha hipotecado su felicidad matrimonial durante toda su vida, limpiando los mocos de los niños de una escuela o vendando las heridas purulentas de los enfermos de un hospital. Los "héroes" de la Iglesia no salen en los noticieros. Sí los escándalos que puedan salpicarla.

En relación al tema que nos ocupa – Iglesia y Coronavirus -, la Iglesia, calladamente, ha hecho y continúa haciendo, un esfuerzo colosal:

- Ha respetado, como nadie, - el Vaticano a la cabeza – las normas pautadas por los diferentes gobiernos.
- En muchísimas diócesis, parroquias y colegios, ha puesto, generosamente, sus instalaciones, a disposición de las autoridades sanitarias.
- Cáritas, Manos Unidas, Órdenes religiosas y otras instituciones dependientes de la Iglesia, en tiempos de coronavirus han multiplicado sus esfuerzos para comprar insumos, o, con sus comedores, aminorar el hambre y la pobreza.
- Párrocos y Capellanes, han arriesgado sus vidas, al límite del heroísmo, para administrar los sacramentos a los infectados, o llevar a los familiares de los fallecidos un poco de consuelo. En este sentido, se han dado ejemplos impresionantes; como aquel sacerdote de Bérgamo (Italia), que, habiendo recibido una mascarilla que necesitaba, se lo entregó al joven infectado que estaba a su lado.
- Por otra parte, es importante el papel samaritano de los sacerdotes, ejerciendo el ministerio de la consolación a tantos enfermos y familias, en momentos de duelo y desesperación, sembrando semillas de esperanza.
- Por último, es para destacar, el enorme esfuerzo que hacen los sacerdotes para, a través de los Medios de Comunicación, mantener viva la fe en el forzado confinamiento en los hogares.

Hay auspiciosas noticias de que, en la cuarentena, se está multiplicando el interés por Dios y la vuelta a la religión. Una anécdota para terminar este apartado:

Le dice el diablo a Dios: “¿Te has fijado cómo con esto del coronavirus se te han quedado vacías las iglesias?”.

“Muy al contrario, le responde Dios; con el coronavirus se me han multiplicado las iglesias domésticas”.

9. Coronavirus y Papa Francisco

Como referente supremo de la Iglesia Católica, es importante conocer la actitud y el mensaje del Papa Francisco ante la pandemia del coronavirus:

- A finales de marzo ordenó la creación de una Comisión Especial del Vaticano para “reflexionar sobre los desafíos socioeconómicos y culturales del futuro y la propuesta de pautas para enfrentarlos”.
- En una entrevista al periodista Austen Ivereigh, publicada el 22 de abril: “Estoy viviendo este momento con mucha incertidumbre. Es un momento de inventiva, de creatividad”. Y continúa: “Es cierto que algunos gobiernos han tomado medidas ejemplares para defender la población. Pero nos vamos dando cuenta de que, todo nuestro pensamiento, nos guste o no nos guste, está estructurado en torno a la economía. En el mundo de las finanzas, parece que es normal sacrificar”.

En esa misma entrevista, el Papa también dijo que la pandemia es una llamada de atención contra la hipocresía: “Esta crisis nos afecta a todos: ricos y pobres. A mí me preocupa la hipocresía de ciertos personajes políticos que hablan de sumarse a la crisis, que hablan de hambre en el mundo, y mientras hablan de eso, fabrican armas”.

Y más adelante, resaltó el papel de los héroes de la Pandemia: “¡Cuántos médicos y enfermeros han muerto! ¡Cuántos sacerdotes, cuántas religiosas han muerto! Si reconocemos este milagro de los santos de al lado, de estos hombres y mujeres héroes; si sabemos seguir estas huellas, este milagro terminará bien, para bien de todos”. En la Misa del Domingo de Ramos: “El drama que estamos atravesando, nos obliga a tomar en serio lo que cuenta; a descubrir que la vida no sirve, si no se sirve”.

- El 19 de abril, “Día de la Tierra”: “Como la trágica pandemia del coronavirus nos ha enseñado, podemos superar los desafíos globales, sólo mostrando solidaridad con el prójimo y abrazando a los más vulnerables de nuestro medio. Sólo juntos podemos superar los desafíos mundiales”.
- “Estamos todos en la misma barca y somos llamados a remar juntos...El Señor nos interpela y en medio de la tormenta nos invita a activar la solidaridad, capaz de dar sentido en estas horas en la que todo parece naufragar” (27. 03. 2020).
- Refiriéndose a los médicos, enfermeros, limpiadoras, cuidadoras, transportistas, fuerzas de seguridad, voluntarios, sacerdotes, religiosas, en la homilía del Viernes Santo, dijo: “No aparecen en portadas de diarios y de revistas, ni en las grandes pasarelas del último show, pero, sin lugar a dudas, están escribiendo hoy los acontecimientos decisivos de nuestra historia”.

Esta pequeña selección de textos sobre el pensamiento del Papa Francisco sobre la pandemia del coronavirus, nos parecen suficientes para intuir un poco su cercanía y la preocupación que lo aflige.

10. El Coronavirus a la luz de la espiritualidad agustiniana

Es posible que suene a algo quimérico o extravagante. ¿Pero es que la mitad del tiempo, la mitad de la gente no vive pastando entre extravagancias y quimeras? Pues una más no hará la diferencia. Simplemente me complace hacer un juego, contrastando los valores (¿) específicos del coronavirus con la espiritualidad agustiniana:

- Unidad: “Lo primero para lo que os habéis reunido es para que habitéis unánimes y tengáis una sola alma y un solo corazón en Dios” (Regla de san Agustín).

El Coronavirus tiene un potencial unificador: para él todos somos iguales, todos somos uno. Si hay alguna democracia arrasadora, sin peligro de discriminaciones, seguro que se realiza en el coronavirus. Sin duda, unidad “contra naturam”, y a pesar suyo: el coronavirus ha conseguido, sin pretenderlo y con su potente siniestralidad, lo que ni la ONU, ni los políticos, ni los tratados internacionales han conseguido hace mucho tiempo: Unirnos, aunque nada más sea por interés y para destruir al enemigo común.

- Comunitariedad: El coronavirus ataca a la comunidad internacional y se ceba particularmente por contagio, allí donde existen comunidades. Le gustan las comunidades, busca las comunidades; y la curación, “per absurdum”, exige el aislamiento, el confinamiento y la separación.

Vida en común, lo comunitario, es nota específica de la Orden Agustiniiana; y considera la separación, el individualismo como una pandemia. Así que, de cierta manera, y por contraste, la espiritualidad agustiniana, viene a restaurar y hacer competencia, al atropello del coronavirus. Tanto el coronavirus como la espiritualidad agustiniana buscan la comunidad: el primero para destruirla, para matarla; la segunda para construirla y edificarla.

- Familiaridad: El virus, seguramente a contra gusto, ha tenido una virtualidad extra: aglutinar a las familias y acorazarlas para su defensa.

Precisamente es lo que propone la espiritualidad agustiniana: formar una gran familia, vivir en espíritu de familia; ser icono visible de lo que debe ser la familia grande de Dios, la Familia Universal.

- Inquietud: El coronavirus, con su perversidad, ha conseguido levantar muchas inquietudes planetarias. Lo necesitábamos, porque

el hombre pos-verdad, no encontraba la verdad de sí mismo; inquietud, porque el hombre estaba aproximándose a la destrucción de su planeta; inquietud, porque estaba perdiendo la inquietud de Dios. Precisamente, el hombre agustiniano es un hombre inquieto; le recuerda al hombre posmoderno, que “el corazón humano está inquieto hasta que descanse en Dios”.

- Igualdad: El coronavirus es totalmente democrático, mide a todos por el mismo rasero, desconoce las clases sociales, llama a todas las puertas y no admite privilegios.

En esto coincide con el sentir agustiniano: el mandar es un servicio, y el que en un momento manda, vuelve a la cola cuando acaba ese servicio. Única diferencia: el coronavirus iguala para destruir; el agustino iguala para construir y servir.

- Solidaridad: No hay duda de que el coronavirus, sin pretenderlo, se ha constituido en una máquina de aglutinamiento y solidaridad. Lo mejor del hombre, que tal vez estaba escondido: su abnegación, su filantropía, su altruismo, ha salido a flote.

En consonancia con la espiritualidad agustiniana, que no conoce lo mío ni lo tuyo, sino lo nuestro en común, “hasta el alma”. En una palabra: coronavirus, creador involuntario de solidaridad contrahecha y obligada,

versus espiritualidad agustiniana, fuente y matriz de una solidaridad genuina y regalada.

Conclusión: Coronavirus y Espiritualidad Agustiniana: Igual literatura con idioma diferente.

11. COMO EPÍLOGO

El DÍA DESPUES...

El día después del virus en la tumba,
la Espiritualidad Agustiniana prefiere verlo “con los ojos del corazón”:

El día después
que los doctores y enfermeros
le den la estocada final con la vacuna,
habrá fiestas y aplausos en todos los balcones del mundo.

El día después,
los niños jugarán alegremente en las plazas
y los jóvenes, como si nada hubiera acontecido,
correrán fogosamente, como potros,
atrás de la pelota añorada.

El día después,
como golondrinas voladoras,
doblarán de júbilo
todas las campanas del planeta.

El día después,
vista la precariedad individual,
comenzará un tsunami de solidaridad
a nivel mundial.

El día después,
nos levantaremos con más humildad,
pues un pequeño virus nos tuvo en jaque mate,
echando por tierra nuestra manía de grandeza.

El día después,
nos saludaremos con más ternura,
pues venimos de constatar
el grado culminante de nuestra fragilidad.

El día después,
estrenaremos “un corazón nuevo y un espíritu nuevo”
con relaciones más humanas y fraternas.

El día después,
con sorpresa,
nos daremos cuenta que nos han crecido alas,
para volar más alto,
al rastreo de valores más limpios y duraderos.

Y así, casi le daremos gracias al venal coronavirus, porque,
haciendo un poco de dioses, le habremos sacado bienes a los
males. Y, sobre todo, nos hemos tornado un poco mejores.

De esta manera optimista, profética,
es como mira la Espiritualidad Agustiniana

la pascua del coronavirus por nuestra vida:
“Con los ojos del corazón”.

ACERCA DEL AUTOR

El P. Hipólito Martínez nació en España. Estudió, profesó y se ordenó como agustino en el Monasterio de la Vid (Burgos). Ejerció su ministerio en Brasil, donde obtuvo la licenciatura en Historia por la Universidad Católica de San Pablo. Posteriormente fue misionero en la Prelatura de Cafayate (Argentina), donde también fue Vicario General. La mayor parte de su vida ha trabajado en las casas de Formación. Actualmente ejerce su pastoral en la parroquia de Salta. Es autor de varios libros, sobre todo de espiritualidad, escritos tanto en portugués como en castellano.